

REVISTA PSICOANÁLISIS

José León Slimobich Pogarelsky

Emilio Gómez Barroso

TRAHORÁLETRAH

índice

Nuevos aportes a la teoría del leer 3-22

Por José León Slimobich Pogarelsky

Apuntes para una lógica subdesarrollada

... de la lectura en la palabra 23-35

Por Emilio Gómez Barroso

www.letrahora.com

nuevos aportes a la teoría del leer

José León Slimobich Pogarelsky

Introducción

- El ser que habla, el serhablante, es poema
- El analista lee en el texto, que le presenta el analizante
 - lo que se despliega en los juegos entre el lenguaje y la lengua es la letra como plus de goce
 - lo real que solo puede "leerse" desde un discurso
 - El goce está fuera del tiempo cronológico
- La escritura interviene en la palabra y el leer se produce en ese acto, fuente del equívoco
 - Los sueños: la lectura en sentido doble
- El escrito que surge en simultaneidad con su lectura
- El cuerpo como síntoma: fragmento significantizado del goce
- ...no hay palabra sin escritura, ni escritura sin palabra. Y agregamos: no hay autor
 - Ungrund (fundamento del fundamento). **Nunca se tendrá**

"Y aun cuando se haga confirmar por una jerarquía. ¿Qué jerarquía podría confirmarle como analista y darle ese certificado?(...) Repudio ese certificado: no soy un poeta, sino un poema. Y que se escribe, pese a que tiene aires de ser sujeto."
(Prefacio a la edición inglesa del seminario 11 de J. Lacan)

Esto marca, para todo discurso, no solo el analítico, una potencia que nos convoca y protege. Nos convoca a explicarlo como algo sorprendente. Nos protege del sentido común, de la interpretación que se asienta en el saber supuesto y, también, de las virtudes de la eficacia.

El poema habla y nos habla: es la esencia de la lengua. El ser que habla, el serhablante, es poema. Lacan emplea el verbo ser: soy un poema, eres un poema. Tú, lector, eres un poema, aunque no lo comprendas, ni lo sientas, en los discursos sociales. Nos protege, con un acto de caridad inédito, al salvarnos del ruido del lenguaje, de la cacofonía de las intenciones, de los sueños absurdos del Otro. Tiene este dicho una afirmación y una negación. Dice: no soy poeta,

soy poema. De esta manera nos marca el camino de nuestro trabajo. En resumen, el discurso determina: donde hay sujeto devendrá poema. Formaliza este pasaje y lo muestra en acto. Nuestro trabajo es mostrar cómo sucede ese pasaje del sujeto al poema. Para eso, es necesario separar el término poema, en el discurso analítico, de aquello considerado poema o pintura como goce estético.

El poema que se presenta a nuestra consideración remite a lo que ya presenté en mi libro "El paradigma del Leer", editado por la Universidad de Granada. En esta relación -el sujeto que deviene poema- no habla del arte de un artista ni de una teoría del arte. No será llamado arte, sino artificio, como señala Lacan. Artificio es el saber hacer con la lengua, para cualquier ser hablante y no sólo para el oficio del poeta. El discurso analítico se anuda a la creación, hasta por momentos hacerse indistinguible con ella. Es claro que los modos de manifestarse en el psicoanálisis y en el arte no son lo mismo, si bien estas disciplinas comparten un instante del cuerpo del sujeto hablante. Este instante lo situamos como la resonancia que produce una relación entre el efecto del discurso analítico y los productos del arte. Entonces, si el poema es el punto de llegada del acto analítico, del leer en lo escrito en la palabra, ¿por qué no llamar a esto producto del arte?

1

La diferencia está en que el psicoanálisis es una práctica que pone, dentro de lo singular el vínculo social, lo que corresponde a lo que el saber hacer con la lengua ha dejado en cada serhablante. No es una presencia de objetos de arte, sino la ausencia necesaria para que aparezca lo real, de lo que padece el sujeto, del malestar de la cultura en el horizonte de la lengua.

Otra diferencia es que el arte busca su lugar en el universal y desde allí produce sus efectos, mientras que las imágenes que se presentan a la lectura del analista hacen surgir, en cada cual, algo que no estaba antes en el mundo, que no aspira a subsistir como obra, sino como acto. En el arte la obra, como señala Freud, está abierta a la valoración social. No es así en la obra singular y específica que el psicoanálisis propone. La fusión de cada cual con dicho artificio es íntima y personal. Y es en esta singularidad donde encuentra su dimensión social, a tal punto que es indistinguible el síntoma particular del síntoma social. El puente, el lugar en donde se encuentran, es el discurso. Comprender esto es el quid de la cuestión. Si en un psicoanálisis surge un poema, el sujeto alcanza una dimensión de mundo que sólo la resonancia del lenguaje le permite alcanzar. Tal como el lenguaje común se transforma en poema, el sujeto se transforma en lo social cuando hace la experiencia del poema. Esta experiencia se presenta como un plus, un *en más* del lenguaje. Dicho *en más* no es precisamente un número positivo, sino una instancia de

negación del saber que poseemos, un vínculo abrupto con eso que se ubica fuera del saber, al menos en la relación que desde siempre se establece entre el saber y la verdad. Pues no solamente vemos despegarse el saber y la verdad en el discurso analítico, sino que este saber y esta verdad tiene, forzosamente, un tercer elemento: lo real. Este *en más* es un acontecimiento que rebasa la lógica y pone en juego la dimensión de la ausencia. Por ello, lo real puede enunciarse como un *no hay* que deviene del pivote, fundamento de la lógica lacaniana, que formula: *No hay escritura de la relación sexual*. Y agrega que toda escritura devendrá de esa ausencia.

El psicoanalista no es artista. El psicoanalista no es el pintor, ni el poeta [...] sin embargo, todas estas cuestiones le atañen. El analista es, por su discurso, un lector y su función es la lectura del texto presentado

El psicoanalista no es artista. El psicoanalista no es el pintor, ni el poeta, ni el músico, ni tampoco el matemático, ni el científico, ni el oficiante de alguna religión. Sin embargo, todas estas cuestiones le atañen. El analista es, por su discurso, un lector y su función es la lectura del texto presentado. Nuestra función es mostrar el anudamiento entre la palabra y el escrito, y lo que allí se pone en juego. Nuestro interés es sostener la causa del psicoanálisis como teoría que interroga el malestar de la cultura y sus efectos, tomando como eje el leer en la palabra.

Recordemos que la lectura en la palabra no es una función exclusiva del discurso analítico, aunque todavía no esté plasmado el lazo social que soporte este efecto del lenguaje. El modo privilegiado actual de avanzar en sus consecuencias es, por ahora, el discurso analítico. Situamos la función del analista respecto a las palabras del que acude a su consulta, con la salvedad de que el discurso analítico recorre todo lo que llamamos sociedad, que es la manera conviviente que agrupa a los seres hablantes. Por eso, cuando alguien demanda un tratamiento lo hace debido a un sufrimiento, si bien acude con lo que la cultura le ha prestado a su malestar. Ese sufrimiento, que el lenguaje produce y se expande en el cuerpo, es expresado en las palabras que nos dirigen y en las cuales el ser hablante busca esclarecer las razones de dicho sufrimiento. Al analista se le pide que muestre las razones de dicho proceder y de esa manera aclare lo que está en juego en dicha demanda. En la cuestión propia de un análisis determinado, el único bagaje con el que cuenta el analista para acercarse a la cuestión planteada por su paciente es: ante todo, lo que el paciente relata, la asociación libre, que se corresponde del lado del analista con aquello que Freud dio en llamar la atención flotante. La asociación libre supone que el que habla tratará de comunicarnos sus

pensamientos con la menor censura posible, y del lado del analista, que éste suspenderá las opiniones y los juicios personales que posea sobre lo manifestado por el paciente. En segundo lugar, el analista escucha desde algún sitio. Este lugar se compone de la formación que dicho analista posee. Con los instrumentos de su propio análisis, de las supervisiones, de su preparación académica y de sus propias lecturas, construye el modo de abordar lo que el analizante plantea. Sin embargo, solo podrá acceder a lo real en juego, cuando se sitúe en la ignorancia, pues es la primera condición para que el leer en la palabra se le presente. Dicha formulación se constituye en la posibilidad de hacer surgir en el sujeto lo *insabido*. Lacan es reiterativo sobre este hacer desde la ignorancia. En el trabajo que realiza sobre Nicolás de Cusa sobre la docta ignorancia¹, ubica una de las entradas en la modernidad. No todo lo que el analizante habla puede ser pasado por el saber del analista. La exigencia freudiana de no acotar nuestra escucha en lo sabido. Podemos nombrar este conjunto de saberes del analista de la siguiente manera: *el saber que ignora lo suficiente*.

Así, el analista lee en el texto que le presenta el analizante la lengua original en la cual el hablar habla en cada cual. Este hablar esta anudado a la producción de un escrito que no está en las palabras, que se presenta, es aquello a lo que llamamos escritura audible. Se lee lo que se escribe en palabras que no se pronunciaron, en la topología de un texto, en las rupturas lógicas. Lacan nos ilustra con una imagen el surgir de la escritura en la palabra. “Esa imagen es el trabajo de texto que sale del vientre de la araña, su tela. Función en verdad milagrosa cuando vemos dibujarse desde un punto opaco de ese extraño ser, la huella de esos escritos donde asir los límites, los puntos de impasse, de sin salida, que muestran lo real accediendo a lo simbólico²”.

Doble juego de la palabra que se escribe y la imagen que se pinta, que la lengua suscita en tanto superficie de palabra donde se sitúa el análisis. Dicha lengua que habla en cada cual es lo que Jacques Lacan llama *lalangue*. O sea, el modo primero y concreto, con que el sujeto inaugura el territorio de su devenir. Allí el lenguaje, tal como la lingüística lo ordena, se ve rebasado en su función ordenadora. Irrumpen nuevos términos impensados, fruto de esos goces primeros, en la irrupción de *lalangue* en el lenguaje. Hay palabra primera que nombra la cosa, es la función de *lalangue*. Y el lenguaje trata dichas cosas bajo el modo común. En múltiples ocasiones *lalangue* subvierte el lenguaje. Este entrecrocarse de las letras y sentidos que profieren los neologismos, o el deslizarse en lo incomprensible del lapsus, o la escritura del sueño, nos muestran lo que transcurre en la dimensión de la relación del lenguaje con el cuerpo.

2

Ahora bien, lo que se despliega en los juegos entre el lenguaje y la lengua es la letra como plus de goce. La letra, que se utiliza en la teoría del leer, es la que dispersa el lenguaje en múltiples sentidos. El cuerpo que la letra trata no es el cuerpo del espejo. Lacan lo dice cuando señala que utiliza el concepto especular como modo de entrada del cuerpo en los nuevos planos de su teoría. Es la letra que presenta un cuerpo sin imagen, un cuerpo tutelado por la lengua y que hace lógico el goce en la letra "a". Con la letra se ubica el goce, esa sustancia que a su vez es introducida en el cuerpo por el significante. El significante introduce el goce en el cuerpo, y cuando este goce toma un fragmento del cuerpo, es causa del síntoma. El síntoma es la respuesta que limita el goce, significándolo, pero no puede significarlo sino por medio de la negación necesaria. Descompletando el significante, mostrando su falla. El síntoma es la respuesta que el cuerpo da para suplir la ausencia del sentido provocada por la falta de escritura de la Relación Sexual. Es el límite del significante, allí donde tras atravesar la negación del Uno, al mostrar su falla, deviene la lectura, pues allí el goce, organizado por la pérdida, deviene en escritura que narra la vicisitudes de las equivocaciones que constituyen la deriva de las vidas.

Recuperamos la pérdida, la falla, el lugar donde el sujeto se desplaza en la dirección de su deseo, en lo que el lenguaje y otras formas del arte le proponen. Pues el deseo no es otra cosa que ese camino de ausencia

En síntesis, la escritura, letra del goce, que se lee como significante, sitúa lo real en el centro ausente del ser en falta, en su pura exterioridad, cuya figura topológica es el toro. Es importante remarcar que los significantes que introducen el goce en el cuerpo, no son los mismos que se dan a leer. Pues estos últimos ya no están situados respecto a la sustancia gozante, que han introducido los primeros, sino que son producto de letra que deviene orden del espacio llamado Nudo Borromeo. Como se puede observar entonces, los significantes llevan al cuerpo el plus de goce que transcurren en el tiempo, la letra que marca la posición del objeto "a" se anuda al espacio Borromeo y de allí surge, no el relato del camino hacia el goce, sino lo que quiero decir. No los dichos, sino el decir. Ese decir no transcurre en el tiempo, sino en el espacio, es Borromeo y nada le debe al sonido. Es la separación de lo fonológico, el campo propio del escrito. No es lo real como imposible, sino que es lo real posible de ser escrito, y por ello Lacan sitúa el nudo de lo real y lo real del nudo. Es lo real que solo puede "leerse" desde un discurso. Esa letra hace operativo el concepto de goce, nos permite hacer con este parte de una lógica discursiva, siendo aquello que surge y se estabiliza en la repetición.

De allí nace, en los impasses de la lógica discursiva, la escritura que se “lee”.

El cuerpo del goce, que nos interesa, es el cuerpo que Freud encontró en los efectos del lenguaje sobre el cuerpo orgánico. Este cuerpo sutil, este cuerpo del lenguaje, ya no precisa del Uno unificador, que remeda la imagen cerrada de una bolsa. Un círculo sin línea. Cuando la imagen del cuerpo orgánico pasa a la dispersión de las imágenes, estamos en el campo del cuerpo sutil, del cuerpo del lenguaje. Allí tropezamos con el cuerpo orgánico, pues el cuerpo sutil, niega al humano la solidez de la biología. En este cuerpo sutil, el goce encuentra su realidad, es la sustancia que lo anima, y justifica. El cuerpo es algo que está hecho para gozar. Pero cuando decimos goce, no señalamos una sustancia sin ninguna potencia lógica, sino por el contrario, el goce es posible de ubicar como escrito, como pintura, como música. Existe el goce puro, parásito de lo real, la pulsión de muerte. Y otros goces, que son la producción de los límites a lo irrevocable de la pulsión de muerte.

El goce no reconoce el tiempo cronológico³, no usa el reloj ni lo conoce, no adhiere a las convenciones de los usos del tiempo. Los tiempos del goce muestran ese pasado en el presente y ese presente en el pasado y en el futuro. El tiempo desgarrar al texto único, lo agujerea y filtra en la lengua del sujeto hablante equívocos, deseos de otros en los que el sujeto, en tanto cuerpo, queda amarrado. Cuerdas del lenguaje entonces, que amarran su cuerpo y determinan su acción concreta. El texto del goce utiliza esas cuerdas del lenguaje para recuperar algo del goce perdido. Recuperamos la pérdida, la falla, el lugar donde el sujeto se desplaza en la dirección de su deseo, en lo que el lenguaje y otras formas del arte le proponen. Pues el deseo no es otra cosa que ese camino de ausencia. El objeto “a” falla y recupera la capacidad de pérdida, eco escritural que surge de lo imposible de escribir de la relación sexual. Esa es la morada de la escritura hablante. Es allí donde el falo y su contingencia corporal plantan su bandera, para hacer de semblante, único modo de abordar lo que corresponde al goce sexual. El goce se hace con los artificios que la lengua nos proporciona. El tiempo cronológico es abolido en el campo del goce, aunque pueden fecharse acciones, pero esto no implica más que una referencia.

Tomemos algo que sucede cuando, en la actualidad, un hombre golpea una mujer. Esta situación produce nuestro rechazo. Vemos al culpable con desprecio y deseamos para él un castigo ejemplar. Pero al escuchar sus argumentos vemos, con cierto asombro, que niega a la mujer su existencia jurídica como ser. Ella no tiene derechos, los deseos del hombre deben ser satisfechos como deseos de amo. Apelamos al juicio moral, y a la condena, porque esto nos salva de la pregunta: ¿por qué esta negación al estatuto jurídico, por qué este habitar en el pasado? Nos percatamos entonces que



el estatuto jurídico de la existencia de la mujer es relativamente cercano en el tiempo. Desde el medioevo la posición de la mujer no se modificó jurídicamente, hasta avanzada la modernidad. El texto de este sujeto lo orienta hacia el tiempo del medioevo. Lo que hace es propio del sujeto producido por los significantes amos de la época medieval. Este hombre no habita en este tiempo, ocupa el cuerpo de un hombre medieval y así se comporta. En absoluto puede tomarse esto como una defensa de su acto de violencia. Ha de ser condenado con todo rigor, pues el conocimiento no puede ser usado para justificar crímenes, sino para generar misericordia. Lo que se pretende es que comprendamos, en nuestra práctica, que la cultura, la gramática y las formas del arte se hacen presente en el habla.

Recuperamos la pérdida, la falla, el lugar donde el sujeto se desplaza en la dirección de su deseo, en lo que el lenguaje y otras formas del arte le proponen. Pues el deseo no es otra cosa que ese camino de ausencia

El goce está fuera del tiempo cronológico, perdura en los lenguajes y en los modos de la cultura. No reconoce el progreso del objeto técnico, aunque lo adore. Se escribe en los espacios borromeos y allí se refugia, hasta que lo desciframos - Cabe, entonces, la pregunta de si todo es escritura en psicoanálisis. No. Sólo se escribe lo que responde a los encuentros entre el lenguaje y el cuerpo, entre lo que el significante introdujo en el cuerpo y la memoria olvidada de lo que no se hizo significante, sino ausencia en un punto sin texto, que retorna en esa escritura que evoca la sustancia gozante en juego. Ese es el juego borromeo, que atrapa el objeto a y lo pone a hacerse escritura....Recuerdo con gracia, un autor de texto psicoanalítico que señalaba que el objeto a era amable con todo. Pero lo cierto es que la verdad que enuncia en el espacio de su enunciación a veces no parece ser tan agradable ni satisfactoria.

La letra arbitra la relación entre el significante vinculado al cuerpo y el significante de esa ausencia. El significante vinculado al cuerpo, sigue como éste los vaivenes del tiempo. La fonología es el espacio de ese devenir temporal, las palabras siguen en el tiempo. El tiempo habla en el habla. Busco con las palabras el tiempo exacto de mi dicho, de lo que quiero expresar, de aquello que definiría la cifra del nombre. Pero lo que quiero decir no se habla en el devenir fonológico, se escribe en el espacio, no en el tiempo.

Leo los significantes que escriben, no lo que digo, sino lo que quiero decir, el real que anima mi dicho, la cifra del verbo. La letra arbitra esta relación, le permite al borde del conjunto tiempo enlazarse con el conjunto espacio. De lo que se habla a lo que se escribe, un pequeño movimiento muestra esta hiancia. Con los significantes y los equívocos, avanzamos con la palabra ha-

cía un relato que aspira a lo real, y de esa manera se escribe. De este modo resolvemos si el discurso analítico es una cuestión de palabras o de escrituras. Ni una ni otra.

Hablando del cambio del centro del universo, en tanto se abandona el planeta Tierra y se sitúa el Sol en esa función, Lacan señala que sólo cambia de nombre el centro. El lugar de centralidad sigue sosteniéndose, y nada cambia cuando todo parece cambiar. Este anudar palabra y escritura en el acto del leer fundamenta entonces la respuesta a la pregunta anterior formulada. No es un cambio de centralidad: la escritura sustituyendo a la palabra. Por lo contrario, la teoría del leer anuda palabra y escritura. Formulamos esta relación bajo la forma de lo que damos en llamar el Paradigma del Leer y que se enuncia: *cuando se habla se escribe, si hay lector para esta escritura, situado en un discurso*. Efectivamente hablamos con palabras, entretejemos con ellas nuestro pensamiento, y tratamos de alcanzar a nuestro interlocutor con lo que queremos expresar. Tratamos de que se comprenda exactamente lo que queremos decir. La mayoría de las veces tenemos que dar rodeos, avanzar y retroceder en el intercambio de palabras para lograr nuestro objetivo, sea narrar la verdad, mentir, engañar, enviar un mensaje a un tercero. ¿Qué es lo que perturba una comunicación directa? ¿Por qué no somos comprendidos inmediatamente? Cuando escuchamos, nos referimos a lo que hemos leído en lo que escuchamos. Por ello, como quien dice, vamos al grano, o incluso la frase «leo tus intenciones», nos muestra de manera evidente esta lectura. ¿Cómo se pueden leer las intenciones si no se han dicho? Quienes tratan de responder a estas preguntas lo intentan hacer desde las teorías del gesto o del tono, que muchas veces componen ciegamente lo que se trata de comunicar.

La escritura interviene en la palabra y el leer se produce en ese acto, fuente del equivoco. Pues leo otra cosa de lo que aquel que habla expresa. Aceptar que se lee supone darle un estatuto, no a una lectura de un sujeto supuesto saber, sino a aquella que se presenta inesperada, en un verdadero desprendimiento de sentido. Se percibe, entonces, de qué manera está planteado el leer: como un modo de acceso vía la palabra, y sin otro medio que ella, lo es en tanto la palabra y la escritura están anudados en *lalangue*, vía la letra.

No es la escritura del libro, ni la pizarra, no es la escritura que el escritor escribe sobre un papel. Se trata de una escritura en la palabra. Lacan nos ha brindado las imágenes necesarias de esta escritura. Es la topología, en los aparatos del dibujo donde se inscriben los registros que conforma el álgebra: real, simbólico, imaginario. Esta escritura, por ser nodal, tiene varios juegos, varios trucos, distintas formas de anudarse, que hacen a los recursos de lectura que esta escritura nodal nos muestra. Por ello se nos presenta como imagen, se nos presenta como juego de diferencia, se nos presenta como significantes escritos, sin que ningún sonido presente sostenga dicha

escritura. Eso se lee. Es el discurso analítico el que lo sitúa, dentro del campo lógico, en principio, y luego en lo que rebasa. Esta escritura es invisible si no se lee desde una posición determinada, ordenada por un discurso. Es decir, el lector está situado en un discurso. Por lo cual, no retrocedemos frente a significantes que no están en la lógica común, ni en el campo de sentido. Formas extrañas al común del pensamiento, fórmulas absurdas que muestran que el lenguaje hace contorsiones asombrosas que nos maravillan y sorprenden y alivian. De allí la condición del poema.

3

El discurso puede definirse de la siguiente manera: cada ser que habla, habla más allá de las palabras que profiere. El discurso nos muestra desde dónde hablamos, nos revela la posición del sujeto que habla. Es fundamento en la teoría del leer, pues esta se inscribe en relación a los lazos sociales, los cuales son ordenados, lógicamente, por los discursos. Tomamos, por ejemplo, la excepción, lo que está fuera de discurso. Nos referimos, específicamente, a la psicosis. El psicótico habla, pero no es sencillo discernir desde dónde habla. Hay en su palabra un fuera de discurso que le impide el acceso al vínculo social. Por ello, en la psicosis se busca restituir el lazo social. Y aunque fracase, nos muestra un hecho: el lazo social escribe tanto como da a leer, si hay lector que cumpla las condiciones que la teoría del leer propone. Lo transitorio de las palabras y la lógica de la posición desde donde se habla están presentes desde hace mucho en el psicoanálisis. También el término leer. Así lo narra Freud en el sueño de la inyección de Irma, donde nos señala textualmente: « Leo claramente: «TRIMETILAMINA⁴». Freud consideró que el leer del psicoanálisis podía suceder en el interior del sueño. En este sueño, Freud escribe a pie de página que espera ser recordado por haber encontrado el sentido de los sueños. Al leer «trimetilamina», Freud reconoce allí una solución en su doble acepción: fórmula orientada a la ordenación de una solución química y la solución simbólica del problema presentado por este sueño, que es proseguir en el camino de encontrar alguna salida en las palabras de su paciente, Irma, en sus asociaciones, y no en los prejuicios o sensaciones desagradables que siente Freud por el hecho de que su paciente no mejora. Así se nos aparece la alegría de Freud al descubrir que lo que está en juego no es Freud en su yo, sino su posición: Irma debe seguir hablando. Constatamos así lo que le aporta a Freud dicho leer. Esto hace que Freud nos entregue términos que han sido cuidadosamente dejados de lado, en el absoluto predominio de lo fonético. No olvidemos que buscó el reconocimiento de la comunidad científica de su tiempo, orientada por el positivismo. Resultaba complejo aceptar que el sueño era susceptible de lectura y no de adivinaciones, juegos esotéricos o significaciones arbitrarias. De allí nace

la exigencia para el psicoanálisis de un borde de cientificidad, para no quedar encerrado en una provincia psicológica y esotérica. El psicoanálisis debe situarse, entonces, en los grandes debates del pensamiento contemporáneo, rechazando cualquier código de secta. No es en razón, como bien plantean algunos analistas, que Freud insiste en lo fonológico, amo absoluto del sentido común y especialmente, del psicológico, pues temía que su relación con el escrito se situara como adivinación...

Si se acepta, entonces, esta escritura en la palabra, el segundo movimiento es mostrar cómo se puede leer, o mejor dicho, cómo puede ocupar el analista el lugar del lector. Para ello apelamos a algo común, la lectura de un libro

Nace como respuesta a lo patológico, pero no hace de dicha patología algo particular, sino que muestra el síntoma, en lo cotidiano, como forma de presencia del sufrimiento que el lenguaje causa en el ser que habla. Este sufrimiento se manifiesta como el malestar de la cultura. Dicha presencia, en el ser que habla, sólo puede ser aislada en su particularidad. Pero en ese acto aísla lo colectivo, lo político, pues nada es el serhablante sin la lengua que lo determina y colectiviza. Por ello, esta deriva rechaza cualquier idea de inconsciente colectivo, aunque no lo que es para todos en el cada cual. Debemos, pues, intentar mantener la singularidad de la lengua, y en esta singularidad interrogar lo común que el lenguaje sitúa.

Si se acepta, entonces, esta escritura en la palabra, el segundo movimiento es mostrar cómo se puede leer, o mejor dicho, cómo puede ocupar el analista el lugar del lector. Para ello apelamos a algo común, la lectura de un libro: al abrirlo, de él surgen imágenes, pensamientos, que van hacia el que lee, conmoviéndolo de un modo tal que otorga verosimilitud al relato que lee, aunque éste sea una pura ficción. El texto debe guardar una coherencia propia al autor, aunque sea presentado bajo un estilo incoherente, lo cual despierta curiosidad y efectos nos calculados. En una palabra, nos despierta, nos causa. Hay libros, sin embargo, que cerramos apenas transcurridas unas pocas páginas, porque no llegan a tocar nuestro interés, o sea, no mueve ningún elemento del deseo. De algún modo podemos decir, con propiedad, que en el acto de leer el libro, somos leídos por él. El libro lee el deseo que desconocemos y nos anima y nos toma más allá de nuestra voluntad. Hay lecturas que, por comprometer hondamente el deseo, no podemos realizar. El leer en la palabra del analizante, desde el discurso analítico, toma de estas lecturas características generales y rechaza otras. Efectivamente, el texto del analizante, que presenta con sus palabras, más allá de gesto y tono, puede ser tomado como una narración. Ella puede ser dramática, trágica, cómica, etc.

Nos propone imágenes, dibujadas con sus palabras. Casi siempre el argumento central de dicha narración son las venturas y desventuras del sujeto de la lengua, comprometido con las palabras que le dirigieron en su infancia y sus consecuencias en lo que actualmente rige su vida. Ya allí encontramos algo común a todo serhablante, pues lo que sucede en cada cual juegan las lenguas de su infancia. En esta narración intentamos ubicar al sujeto y el objeto con el que está comprometido. Pero la diferencia de la lectura en la palabra con el libro escrito, que se presenta al placer o displacer del lector, es absoluta. Pues si bien el inconsciente no es un libro abierto, si es un texto que se escribe en articulaciones que se escriben al mismo tiempo que se leen. Es simultánea, no hay tiempos distintos para uno y otro. El instante es lo propio del leer.

El sueño logra, con la condensación, poner en relación dos cuestiones a través de un elemento que no tiene ninguna relación con ninguna de las dos. Y lo hace bajo las formas absurdas, imágenes no posibles de ser imaginadas, excepto por un artista. Sobre todo, el sueño no nos dice dónde nos lleva.

Proposición primera: No hay tiempos distintos para la escritura en la palabra y su lectura, es simultánea. Aclaremos el modo en que la teoría del leer toma el inconsciente. En una palabra, durante el día equivoco y en la noche sueño. Las equivocaciones del día se tratan, habitualmente, con la consideración de aquello que aparece como sentido del olvido, cuestiones que parecen tan banales que son equivalentes a aquellas que alcanzaron el lugar del olvido mismo. Deshechos de la memoria. En el dormir aparece organizada la realidad que el sueño presenta. El sueño logra, con la condensación, poner en relación dos cuestiones a través de un elemento que no tiene ninguna relación con ninguna de las dos. Y lo hace bajo las formas absurdas, imágenes no posibles de ser imaginadas, excepto por un artista. Sobre todo, el sueño no nos dice dónde nos lleva. El sueño muestra, en forma ejemplar, aquello que señalamos anteriormente, la letra vinculando elementos heterogéneos que no parecen tener relación entre los dos, uno en el tiempo y el otro en el espacio. Al verbalizar el sueño, al romper la imagen con la palabra, Freud sitúa el devenir del relato del sueño, los significantes en el tiempo asociativo. Al mostrar los articuladores de letra en los relieves donde se escribe lo que se quiere decir, y que en forma de escrito entrega la lógica de lo real en juego...

En el caso de La inyección de Irma es el término Trimetilamina - escrito que da la solución del sueño- señala el lugar al soñante "Allí estás tú". El escrito del sueño presenta la solución al problema planteado, producto de una pre-ocupación diurna.

Así se trabajan los sueños en la teoría del leer, a la manera en que Freud lo

plantea. Pues desde la primera parte de la Introducción a la Interpretación de los Sueños, nos dice "... lo que leo en los sueños ". Tal como aprendimos con Freud el sueño escribe la solución de la dramática diaria que el resto diurno porta en el relato. En la teoría del leer se produce el efecto de escrito, en tanto ese escrito del que hablamos se sitúa en el nudo. La equivocación y el sueño están sometidos al efecto de la lectura, en tanto ambos deben retorcer la imagen en las palabras. A diferencia de leer el libro, el leer del analista debe dar lugar a la letra, pues esa es su posición en el discurso analítico, pues allí opera en la escritura. ¿Cómo puede leer el analista dicha escritura? Hemos acentuado el termino inconsciente, el lugar donde lo escrito se hace presente, el cual Freud acentuó desde el principio de su obra, en la Interpretación de los Sueños.

Recordamos que, en la primera edición del Paradigma del leer, presentábamos al inconsciente como autor de esta escritura. En ese momento lo que nos preocupaba no era el tema del autor de lo escrito, sino las condiciones de su lectura, y en verdad éstas no solo no se han modificado, sino que se han ampliado en el fundamento de su acción. Es decir, la equivocación no es tanto el señalar al inconsciente como escriba y no como lo hacemos ahora, lugar de escritura, sino el hecho de buscar el autor... Debemos aquí tomar algunas decisiones. Lacan señala que su inconsciente no es el de Freud y que él prefiere el deseo de despertar sobre el de dormir, sin embargo, para el analista lector, tal como lo planteamos, esta elección no es necesaria.... El escrito que surge en simultáneo con su lectura, pues antes de ello no está en ningún sitio, se ubica en la banda de Möebius, es decir desde el dormir donde sueño, y de lo diurno, donde creo estar despierto. En ambos sitios el lenguaje encuentra en el que habla su habitación y por ello realiza esa operación que se parece asombrosamente a la producción de un ser, el habla produce ese ser, que no siempre se parece al que habla. Por lo tanto, la lectura en sus términos propios despierta tanto al que sueña como al que duerme en los discursos sociales, pues la sorpresa es el índice que muestra la causa, la letra accediendo a un desprendimiento del Otro, el Otro, aun no existiendo, no deja de presentarse como consistencia original, como pensamiento, como ideación del tiempo anterior, de la remembranza y el arrepentimiento, de la oportunidad perdida y el encuentro afortunado...

El síntoma muestra el momento en que el leer se encuentra con alguien que en parte, se desconoce lo suficiente para conocer el mundo que habita. Y eso que desconoce es, en parte, un fragmento, *significantizado*, de su cuerpo.

Es tiempo también de preguntarnos quien es el escriba, el autor de dicha escritura en la palabra, el autor que siempre buscamos y que creímos en un momento encontrar en el inconsciente. Nuestra posición al respecto no tiene relación, aunque sí simpatía, por los movimientos que plantean la anulación

de toda relación de propiedad con la producción, sea intelectual o artística. Recordemos que en algún momento J. Lacan se plantea esto en relación al momento social de 1968. Decimos que no tiene relación con ninguna cuestión ideológica, aunque el concepto de propiedad formaliza la moral de nuestro tiempo. Ya no es el cuerpo lo que debe guardarse en propiedad, lo que se convierte en la textura última de la acción moral, sino la propiedad material, los bienes materiales, pues el cuerpo puede ser tocado y clasificado, pero la propiedad, la mía, es intocable.

Retomando lo expuesto, la propiedad la tomamos aquí como el modo en que se construye la conciencia en el -verme-, ya que sólo puedo acceder a ella a través de las representaciones que se presentan ante mí. Estas representaciones sólo me entregan una conciencia inestable, factor de desconocimiento, pues no tiene, como señala Lacan, la consistencia del “me caliento al calentarme”⁵ pues esta sensación invade mi cuerpo, mientras que ningún verme encuentra su certidumbre en la sensación corporal. Pero el leer no transcurre en el campo de la representación, sino en su desgarramiento, en las hendiduras de la representación, allí donde se abre ese espacio de silencio, meditación, lapsus, apura, en fin, donde se acaba el mundo conocido. Allí comienza la línea punteada de la escritura, cuyo modelo anuncia Lacan en el grafo del Deseo, justamente al colocar al Deseo como escritura que no se dirige a ningún lado y cuyo autor, si fuese posible imaginar uno, se desliza en el lenguaje, pues no puedo saber quien escribe el texto que narra quien cree ser el dueño de sus dichos... Así, la cuestión del autor, del quien escribe, desaparece dentro de nuestra presentación.

Segunda proposición: El lenguaje es duplicación original, no hay palabra sin escritura, ni escritura sin palabra. Y agregamos: *no hay autor*. Es el lenguaje en su duplicación original: no hay palabra sin escritura, ni escritura sin palabra. Así desde el que tomó la primera piedra y en un sentido gutural grabó sobre una pared el trazo unario de lo humano, en los griegos, era bien simple, pues todo era observado por los dioses, eran los autores de las obras humanas, así era el mundo que se presenta a la luz de los dioses. Esto lo encontramos en las grandes obras de la antigüedad griega. No es tanto que los dioses observan e intervienen, sino que determinan los textos que se escriben.



Con Descartes y la certeza del sujeto que piensa, se abre el camino del sujeto de la ciencia., a través de que las representaciones del mundo son posibles. Al interrogar al sujeto fuera de la representación, al desgarrarla, al hendirla, para sorpresa se encuentra una sustancia en vez de un *subjectum*, en vez de una imagen lógica se encuentra lo que funda el campo contemporáneo del psicoanálisis, o sea el campo del goce. Este campo tiene muchas vías y un solo camino. Allí donde creo que lo hallé, que tiro de la certidumbre, de lo unitario, sólo encuentro dispersión y una perspectiva extraña hecha de deformaciones. Esta dualidad originaria la planteamos como la segunda proposición o mejor, propuesta, para la posición del analista lector. Esta dualidad originaria palabra- escritura desde el fundamento del lenguaje es Un-grund⁶. Este término que en su traducción es "fundamento del fundamento" no necesita demostración, pues es el fundamento de la existencia que se presenta como tal. Lacan lo presenta en el Seminario RSI. Este fundamento está presente en Schelling, Schopenhauer y Heidegger. Es Heidegger quien nos muestra que el fundar está disperso en tres modos: el fundar como erigir, el fundar como tomar apoyo, y el fundar como fundamentar. Es esos modos en que ofrecemos al pensar la Dualidad Originaria. Por ello, nos acercamos a este campo con la teoría del leer, partiendo de un elemento teórico, totalmente aceptado por las ciencias contemporáneas, y rechazado por la racionalidad del campo psi.

Efectivamente no hay un concepto que permita captar dicho leer como la aplicación de una fórmula codificada. Es anticonceptual, en principio, por el hecho de que no hay ningún yo que pueda decir: «yo leo», y en ese sentido esta formulación se aparta cuidadosamente del «yo pienso» cartesiano. Se sabe que de este yo pienso deviene, para Descartes, la existencia.

Tercera Proposición: No hay una fórmula que permita captar dicho leer como la aplicación de un fórmula codificada. Es anticonceptual. Para el analista que lee, la única existencia posible es la lectura que presenta al que habla. Esto implica que la posibilidad del leer parte de un concepto: la desapropiación. Por ello Jacques Lacan nos recuerda que el analista no es un santo, pero en parte juega a ello. Ya que, como el santo, pone a su lado, como sujeto, lo que nunca tendrá. Los tres primeros elementos que formalizan la teoría del leer en psicoanálisis son entonces la coincidencia temporal de texto y lector, lo anticonceptual y esta tercera proposición que ahora enunciarnos: *La desapropiación: el leer, nunca lo tendrá*. Solo le corresponde la humildad, pues lo otro que puede hacer, es creerse en el poder de leer, como los antiguos escribas, finalmente devorados por la historia. Estos elementos, sencillos en apariencia, tienen su dificultad en la práctica, por varias razones. La primera

es que esta desapropiación devuelve al analista la toma del contacto con una inermidad primordial, fundamental, en tanto así se presenta el ser que habla en el mundo, en su nacimiento. Efectivamente, el analista nace al deseo, llamado deseo del analista, cada vez que lee. Dicho leer no tiene otra garantía que el trabajo que, a partir de ahí, realiza con esa lectura comunicada. Pero, el segundo elemento, es que dicho leer debe necesariamente tener un vínculo con lo que efectivamente se ha hablado. Pero este vínculo, que para nuestra comodidad, lo preferimos claro y preciso, encuentra que las palabras que leemos no han sido pronunciadas. Es verdaderamente algo que rebasa aquello que se presenta a nuestra disposición: llevamos un escrito que se hace sobre palabras que no se dicen. Pero recordamos al lector que participa en este juego de piedra, papel, tijera, que al proponer lo escrito, solamente la asociación posterior, su sostenerse en la palabra efectivamente pronunciadas por el analizante, hacen posible esta presentación. Justificamos este accionar sobre el hecho del cuarto elemento que agregamos a la serie. Este elemento es que lo que se lee y se propone, no surge como sentido, sino como articulación. En una palabra viene al lugar del lapsus, el que permite dar cuenta de lo real en juego para el que habla, la serie de cuestiones que retiene su cuerpo en el síntoma. En una palabra, ese cuarto elementos al cual damos relieve es que el articulador no se ubica ni en el sentido ni en el no sentido. Su sitio es la ausencia de sentido. Este es uno de los puntos centrales de nuestro trabajo: el hecho de que el pivote de donde surge todo escrito es: *no hay escritura de la relación sexual*, todo sentido posible surge de esa ausencia. Como se observa, no leemos donde hay, sino donde eso se ausenta. Así, estas condiciones, resguardan nuestro trabajo, de cualquier esoterismo, adivinación, sentido dado, futuro leído o cualquier otra impronta de ese tenor, del cual Freud se alejó presurosamente. Confiaba, al igual que nosotros en el devenir asociativo del analizante, mostrando esta conexión impensada hasta ese momento. Y de lo que de ello podemos escribir. De esta manera vemos que el que lee lo hace porque ocupa una función.

El analista nace al deseo, llamado deseo del analista, cada vez que lee. Dicho leer no tiene otra garantía que el trabajo que, a partir de ahí, realiza con esa lectura comunicada. Pero, el segundo elemento, es que dicho leer debe necesariamente tener un vínculo con lo que efectivamente se ha hablado

Esta función es la del analista, pero vez a vez, el que ocupa el lugar del analista debe reasumir el lugar del leer. Pues éste no puede ser adquirido sino bajo el modo de una praxis, o sea, de una práctica simbólica. No es un término que se sostenga sólo de un concepto. Como lo señala Jacques Lacan, este leer no se tendrá nunca como propiedad, es *urverdrängt*⁷.

Este término que Lacan señala en el Seminario RSI, proviene del campo filosófico. Sin embargo, no es con los aparatos de la conciencia, entonces, que tengamos acceso a ese leer. Es desde este leer, sitio donde se admiten ciertos conceptos que, de otro modo, nos resultan lejanos en su comprensión. El analista se autoriza a sí mismo, en la efectucción del leer, y por otros en la puesta en juego de dicho leer. No lo tendremos nunca, sólo podremos mostrarlo. Lo cual no quiere decir que no exijamos lo máximo de las conceptualizaciones teóricas y respuestas de la lógica. Existe, sin embargo, un gran problema en el campo psi para la aceptación de estas conceptualizaciones, debido al carácter regresivo que, con respecto a la filosofía y a la ciencia, ha asumido el conjunto de la comunidad.

El capitalismo por su parte no ha ayudado a la tarea, pues deja de lado cualquier producción que demuestre la existencia de un sujeto no captable por la ciencia, y mucho menos algo que escape a la férula del yo. El capitalismo obstaculiza la escritura de lo real modal, no sujeta al sentido, pues no es útil a la producción de objetos técnicos, ni está vinculado a situar a los sujetos en el plano de la producción. Desde el punto de vista fenomenológico esta escritura se nos presenta huyendo, fugaz. Puede suceder en cualquier conversación. En ocasiones, alguien relata algo y cuando le pedimos que lo repita, lo ha olvidado, como si esa vez ya pasada hubiese leído y hablado lo que leía, como si el texto se hubiese borrado. Esto prueba que no remitimos toda la acción del leer a la provincia clínica del psicoanálisis. El psicoanálisis ha conmovido y lo hará aún más, a todo lo que se llama cultura, la peste que la contamina. Pero no promete un triunfo, sino una fractura, pues allí es donde se ubica para abrir el camino del deseo.

Asimismo, el término lenguaje compromete tanto a la palabra como a la escritura, es decir, el ser hablante habla y escribe cuando habla. Esta concepción, que aparece aquí señalada, se encuentra fácilmente en los filósofos. Ellos no tienen ninguna dificultad en aceptar que hay una escritura en la palabra, aunque no hacen de ello una intervención singular del poema. Los matemáticos aceptan la idea de un salto al límite, o sea la idea de que un concepto, al transformarse, pasa por algo que tacha al concepto anterior y aún no ha asumido un nuevo concepto. Momento a-conceptual de toda teoría cuando éste es generado en la práctica.

Este es el caso que estamos presentando y por eso mostrarlo se hace necesario en un análisis práctico. Así como la lectura de un libro comienza cuando éste se abre, la escritura del inconsciente y su leer se efectúa en el mismo instante. No existe, en la teoría del leer, una escritura que se efectúa en ningún tiempo anterior a su lectura. No hay una escritura sin lector. Y no hay ningún lector sin esta escritura. Una y otro, están anudados de un modo tal que es impensable producir algo por fuera de este anudamiento. Es com-

previsible que resulte inaudito a lo que llamamos el leer, pero sobre todo a lo que se lee.

La lectura es diferente a la interpretación. Los articuladores presentados en la lectura no son interpretaciones del analista, respeta un orden de producción. La interpretación parte desde el analista hacia el inconsciente, es una intromisión en el texto, que hace juegos de escrituras con lo que el texto escribe. La lectura, por su parte, encuentra la lengua, común y vulgar sin que el analista participe de otro modo que en el silencio de la transferencia, y decimos silencio de la transferencia pues sin nombrarla colabora con el blabla, hasta el acto que presenta la lectura, pues la única cita posible es lo que allí se escribe al ser leído. Lo que intentamos no es desvalorizar el término interpretación, pero sí advertir que conlleva un peligro para el practicante: sugiere que la interpretación que el realiza del dicho o del sueño de su analizante, es menos importante que lo que el analista interpreta. Obteniendo un sentido que es un plus sobre el dicho, o mostrando el sinsentido o jugando con el equívoco, construye, más allá de la acción del analista y de su volición, por razones de estructura, una relación de poder... La interpretación primera, que es la que el lenguaje hace en la presentación que el que habla realiza, el analista la subsume en la valedera, finalmente, que es la segunda interpretación, y que conlleva, por lo general, un cambio de amo, o sea que repite la operación de la creación de un saber.

El nudo borromeo, arribamos allí, es necesario para la práctica analítica, porque elimina la fascinación, que es uno de los modos de la práctica hipnótica, que vuelve al sujeto eco de los significantes que acumula en su análisis.... La lectura, por su lado, no fascina... el "leer", al sorprender tanto al analizante como al analista, deja al sujeto en el justo término de un saber en el lugar de la verdad. Libera a ambos del nudo de dos, construye la posibilidad borromea. Sostenemos que no hay nudo borromeo sin lectura en la palabra, que sostiene no tanto la función creacionista de la palabra y la posición dominante de la función analista como los articuladores. Estos dan el 'pase' a lo impensado y corrigen los errores del nudo con dichos articuladores y que llevan a su fin con la producción del cuarto nudo, es decir del sinthome, donde el sujeto puede mostrarse, no al otro, (eso es una consecuencia secundario) sino a sí mismo, lejos de una identidad, y fuera del goce sustancial, para poder habitar otro goce: el que acompaña el deseo. Finalmente, diferenciamos nuestra posición respecto a los psicoanalistas que resaltan "que el analista debe ser sorprendente". Bien lejos de esto, sostenemos que debe sorprenderse de encontrar algo impensado, un articulador, fragmento de lo real, sorprenderse, decimos, tanto como aquel, que al serle propuesto dicho fragmento, queda en la posición de no haber pensado o imaginado dicho fragmento.

Estos nuevos aportes, en verdad, seguirán, para mostrar al que se interese en la lectura en la palabra y partiendo de estos fundamentos que hemos dado a situar: lo anti conceptual, la desapropiación y el articulador fuera de sentido. En cuanto al cuarto que los anuda es Urgrund (protofundamento) o Ungrund (infundado), o sea, este concepto originario que no precisa de fundamentación pues hace con su solo presentarse. Esto quiere decir; nunca tendrá el que habita el leer en el habla dicho leer en propiedad como saber, sino que hace el saber cada vez pieza única. Con estos tres avanzaremos en presentar otros elementos que hacen la lectura de lo real del nudo en el hablarse, este nudo es equivalente al discurso del analista. Allí se ubica como letra objeto, anudado en esa aplicación, usado en este artificio. Y cumple la función de sostener en este hacer el lugar donde se articula el leer. Ahora, en los trabajos venideros mostraremos con qué recursos cuenta el analista para hacer su trabajo.

José León Slimobich Pogarelsky

Notas al texto "Nuevos aportes a la teoría del leer"

1 Jacques Lacan: Seminario 19. ...o peor. Cap. 1. Era Nicolás de Cusa, para recordarlo de paso. De modo que la correlación de la ignorancia y del saber es algo de lo que debemos partir esencialmente y ver que después de todo si la ignorancia, como tal, a partir de un cierto momento, en una cierta zona, lleva al saber a su nivel más bajo, no es culpa de la ignorancia, es más bien lo contrario. En la obra de de Cusa ...el entendimiento finito no puede entender con exactitud la verdad de las cosas mediante la semejanza. La verdad no está sujeta a más o a menos,consistiendo en algo indivisible, a lo que no puede medir con exactitud ninguna cosa que no sea ella misma lo verdadero; como tampoco al círculo,cuyo ser consiste en algo indivisible, puede medirle el no-círculo. Así, pues, el entendimiento, que no es la verdad, no comprende la verdad con exactitud,sin que tampoco pueda comprenderla, aunque se dirija hacia la verdad mediante un esfuerzo progresivo infinito; al igual que ocurre con el polígono con respecto al círculo, que sería tanto más similar al círculo cuanto que,siendo inscrito, tuviera un mayor número de ángulos, aunque, sin embar-go,nunca sería igual, aun cuando los ángulos se multiplicaran hasta el infinito, a no ser que se resolviera en una identidad con el círculo. Es evidente, pues, que nosotros no sabemos acerca de lo verdadero, sino que lo que exactamente es en cuanto tal, es algo incomprensible y que se relaciona con la verdad como necesidad absoluta, y con nuestro entendimiento como posibilidad. La quiddidad de las cosas, por consiguiente, que es la verdad de los entes, es en su puridad inalcanzable, y ha sido investigada por todos los filósofos, pero no ha sido hallada, en cuanto tal, por ninguno. Y cuanto más profundamente doctos seamos en esta ignorancia, tanto más nos acercaremos a la misma verdad. Nicolás de Cusa "La docta ignorancia"

2 Jacques Lacan: Seminario 20. Cap. El saber y la verdad. Si se me permitiese ilustrarlo con una imagen, la tomaría fácilmente de lo que en la naturaleza más parece aproximarse a esa reducción a las dimensiones de la superficie que exige lo escrito, y que ya maravillaba a Spinoza: el trabajo de texto que sale del vientre de la araña

3 Este comentario aparece en las primeras formulaciones del paradigma del leer. "La letra no le debe nada a la historia". También podría escribirse Historia con mayúscula, huyendo de la sacralidad del término.

4 Sigmund Freud. Obras completas. Cap. 7 de la interpretación de los sueños.

5 Jacques Lacan: Seminario 11. Los cuatro conceptos... Cap. La anamorfosis. Puesto que me caliento al calentarme es una referencia al cuerpo como cuerpo, soy ganado por esta sensación de calor que, desde un punto cualquiera de mí, se difunde y me localiza como cuerpo.

6 El término aparece en la mística alemana, concretamente en Schelling: ¿para qué sirve aquella primera distinción entre la esencia, en cuanto es fundamento (Grund der Existenz), y la esencia en cuanto existe (existierendes Wesen)? Dice Schelling: "Pues o bien no existe ningún punto de contacto entre ambas, y tendríamos que declararnos por el dualismo absoluto, o bien sólo existe uno y entonces, en último análisis, las dos coinciden nuevamente". Las dos consecuencias son por igual absurdas. La solución de la pregunta estriba para Schelling en la concepción de la 'esencia única' (eines Wesen), que se supone detrás de toda dualidad, como una 'indiferencia absoluta' (absoluten Indifferenz). Pero esto no significa que los contrarios subsistan aún o sean existentes en ella. Pues tendrían que haber sido con anterioridad al Uno, y extenderse dentro de su esfera. La esencia única de la que se trata es, en todo sentido, anterior a los contrarios; por tanto, también 'anterior a todo Fundamento y a todo Existente'. Es un proto-fundamento (ein Urgrund) detrás del fundamento, o, más bien, el 'no-fundamento' (ein Ungrund). El Ungrund está íntimamente inscrito en el problema de lo Uno de inspiración platónica. Se trata del pasaje de lo Uno a lo múltiple, de la participación del Uno en el Ser, según el Parménides.

7 Jacques Lacan: Seminario RSI. Cap. 3. Lo que Freud nos aporta en lo concerniente a lo que es del Otro, es justamente esto, que no hay Otro más que al decirlo, pero que todo Otro es absolutamente imposible decirlo completamente, que hay una unverdrängt, un inconsciente irreductible...

Apuntes para una lógica subdesarrollada... de la lectura en la palabra

Emilio Gómez Barroso

Preámbulo

En julio de 1972 aparece en la revista *Scilicet* un artículo de Jacques Lacan titulado *L'étourdit* (el atolondradicho). Bárbara Cassim y Alain Badiou en el libro "No hay relación sexual"¹ se refieren a él como el texto menos aristotélico de Lacan. ¿Qué significa menos aristotélico? Lacan para muchos es un autor oscuro que conforma su práctica con términos incomprensibles, aunque bien es cierto que cada fragmento que aborda lo hace arrimándose lo más posible a la lengua originaria y a los campos semánticos que desde ella se van abriendo. Se conocen más o menos veintisiete seminarios (no editados todos) donde desarrolla su práctica. A partir del seminario XI se distancia de la IPA (internacional psicoanalítica) cuestionando el aburguesamiento del diván al que había llegado la práctica psicoanalítica, muchas veces manejando las masas conforme al establishment sin cuestionarse el destino del psicoanálisis. Lacan desarrolla su obra tomando el psicoanálisis como el sueño de Freud, quizá como texto onírico, tras lo cual se abren dos ámbitos, el texto del sueño ha de volver al campo psíquico y, desde ese campo se conforma una práctica que aporta soluciones a encrucijadas que no puede resolver la conciencia o el yo unificado.

Lo que se pone en juego es cómo lo real (*Realität*) de la vida psíquica, desde Freud, cómo lo Real posible de ser leído, desde Lacan, puede ser accesible a un lector contaminado de saber previo, de aceleraciones y de ansias de dominio sobre el que se escucha. Comienza a abordar para ello, primero un tiempo para el inconsciente y una escritura propia del mismo. Una escritura que se aleja de lo que en occidente se había dado en llamar *falo-logo-centrismo*, que le hace atravesar las fronteras propias del lenguaje hacia el término *lalangue*, agitando y subvirtiendo lo que se había tomado como cursor para el desarrollo de la cultura occidental.

La frase "Hay lectura en la palabra, si hay lector para hacerlo, y texto y lector aparecen en el mismo instante", proferida por José León Slimobich, que

inaugura la apertura del paradigma del leer abre un campo de investigación para la Escuela Abierta de Psicoanálisis sujeto a una ética del hacer con la palabra.

Es difícil sostener esto tanto políticamente, como en la praxis, ya que cuestiona cualquier lugar de comodidad para el analista, y a su vez, no muestra un finalismo apropiador de resultados, sino que el fracaso está en el seno del mismo lector desde una propuesta que desacraliza cualquier teleología, tanto del sanar como del fortalecer.

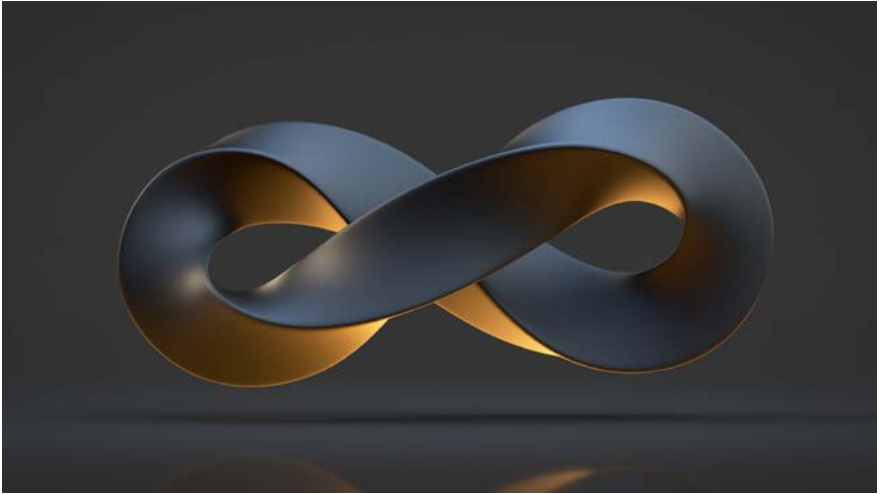
El psicoanálisis no se ve libre de ninguna de las rémoras que porta cualquier cultura, las culturas mayoritarias en las que se asienta, la anglófona o la francófona, no están libres de los prejuicios que portan, jamás se reconocerá una innovación que venga de un analista argentino, español, polaco, incluso esloveno. Eso nunca será admitido.

Una lógica subdesarrollada

La propaganda desarrollista que continuamente recibimos en nuestra época toca periódicamente sus límites propios, uno interno, el límite del valor dentro de la producción, y otro externo, la saturación planetaria (grupo Crisis)², el mundo se vuelve inhabitable a medida que se multiplican los gadgets del capitalismo. Lacan muestra en el seminario XVIII que el capitalismo conlleva el subdesarrollo³, así la lógica que impone y que sólo permite, es una lógica débil, donde entra en juego el goce sin límites que promueve el sistema y la impotencia de habitarlo plenamente.

Avanzando sobre esto Lacan entra en litigio con los presupuestos de la lógica aristotélica, fundamentada a partir de dos principios, el principio de identidad y el principio de no contradicción: un elemento que se afirma no puede negarse y afirmarse en un mismo lugar, y un mismo elemento no puede nunca aparecer diferente a sí mismo. Aunque semejante lógica parte de razones incuestionables no fue fácil llegar al abrochamiento del conocimiento de la esencia de los cuerpos que la cultura helénica nombraba como *ousia*. El hombre puede conocer todas las esencias que le rodean excepto aquella que tiene que ver con su propio cuerpo. Aristóteles, pues, ya parte de **un elemento místico**⁴ para armar su principio de identidad. El elemento pensante y pensador no comparten la misma esencia, el hombre no puede pensar la materia que contiene su propio pensamiento.

El principio de identidad constreñiría también los usos metafóricos, ya que el elemento de sustitución de lo que se nombra no sería el mismo que era en un principio, sino un desplazamiento o un movimiento del origen a lo que aparece posteriormente.



La división entre materia y forma, y la imposibilidad de hacer lógica con el propio cuerpo recibe los contrastes de la doble inscripción freudiana, que no se acopla demasiado bien al equilibrio de la esfera que contiene el mundo que trata.

Freud percibe que el neurótico puede estar a la vez en el escenario y en la platea viendo una escena en la que él es actor y espectador. En la histeria también se jugaría una doble identificación ora al hombre ora a la mujer, pudiendo ocupar lugares masculinos o femeninos, donde la identidad de sí misma resulta imposible de ser habitada sin conflicto.

El modelo que puede captar mejor estos lugares ubicuos es un modelo donde lo íntimo y lo público aparecen en un plano continuo. Este modelo se armaría a una banda de Möbius, en la que ya no se distingue el adentro/afuera diferenciados en la geometría euclídea, sino que se configura como un espacio, más afín al camino y la temporalidad que al estatus teocrático de la fijeza.

En la escritura china aparece también esta doble inscripción, por ejemplo, el kanji “wei” actuar, nace ligado a la negación “wu” o más bien la afirmación “wei” es el desgajamiento del kanji original “wu wei”⁵:



Freud en “lo ominoso”, percibe que el término *umheimlich* aparece en la lengua alemana antes que su negación, lo familiar,

heimlich, más bien viene a afirmarse como la negación de la negación, es decir primero surgiría lo siniestro y después lo familiar, pero ambos son convivientes en origen, sin diferenciarse como opuestos. Así la partícula negativa no representaría la oposición al término negativo sino su falta, está y no está.



La negación que precede a la oposición y las derivas de la negación que se excluye de la afirmación cobran sentido en Lacan para percibir lo real como lo imposible de ser pensado, sin embargo, propone una escritura, no escribir la totalidad, sino lo posible de ser escrito.

Si desde el principio la lógica Aristóteles y el mundo helénico partían del Uno (hen) entramos en un campo problemático si solamente admitimos la negación (oudhen) de lo universal como contrario, ya que existen otro tipo de negaciones que se someten al campo significante, es decir, a lo que no está incluido en lo Uno, sino que parte del embarazo del Otro, es decir, algo que viene desde atrás para invadir la fortaleza y el control de lo sabido, como un caballo de Troya. La episteme perseguida no llegaría a representar un saber total debido a que la consecución de ese saber supone la misma insatisfacción de éste, como más tarde demostraron los estoicos. Sexto Empírico remarca ya la división entre significado y significante, como una distorsión entre la palabra y la cosa, donde señala la no equivalencia de voz y objeto.

Tomando esto, los canales diseñados por la lógica proposicional no basta-

rían para evitar que el falo-logo-centrismo se debilite precisamente en sus corsés ideales, ya que es imposible demostrar que para una proposición universal afirmativa la suma de todos y cada uno de sus particulares cumplan la afirmación del todo. Lacan subvierte la lógica aristotélica, poniendo a dialogar a Aristóteles y a Demócrito, este diálogo devuelve un lugar lógico a esas negaciones inventadas en el seno de la lengua que ya estaban en Homero *Med-hen* (nada más que uno) y el *Meden*, que diluye el Uno y lo convierte en nada más que nada, modos que la audacia aristotélica había orillado sin enterrarlos del todo. Otro pasillo diferente, pero este de fuga de sentido, donde asoma ya la posibilidad de lo que no se espera, acontecimiento incluido - como curiosidad es en esa época donde sucede la primera quema masiva de libros, el fuego apaga la duda-.

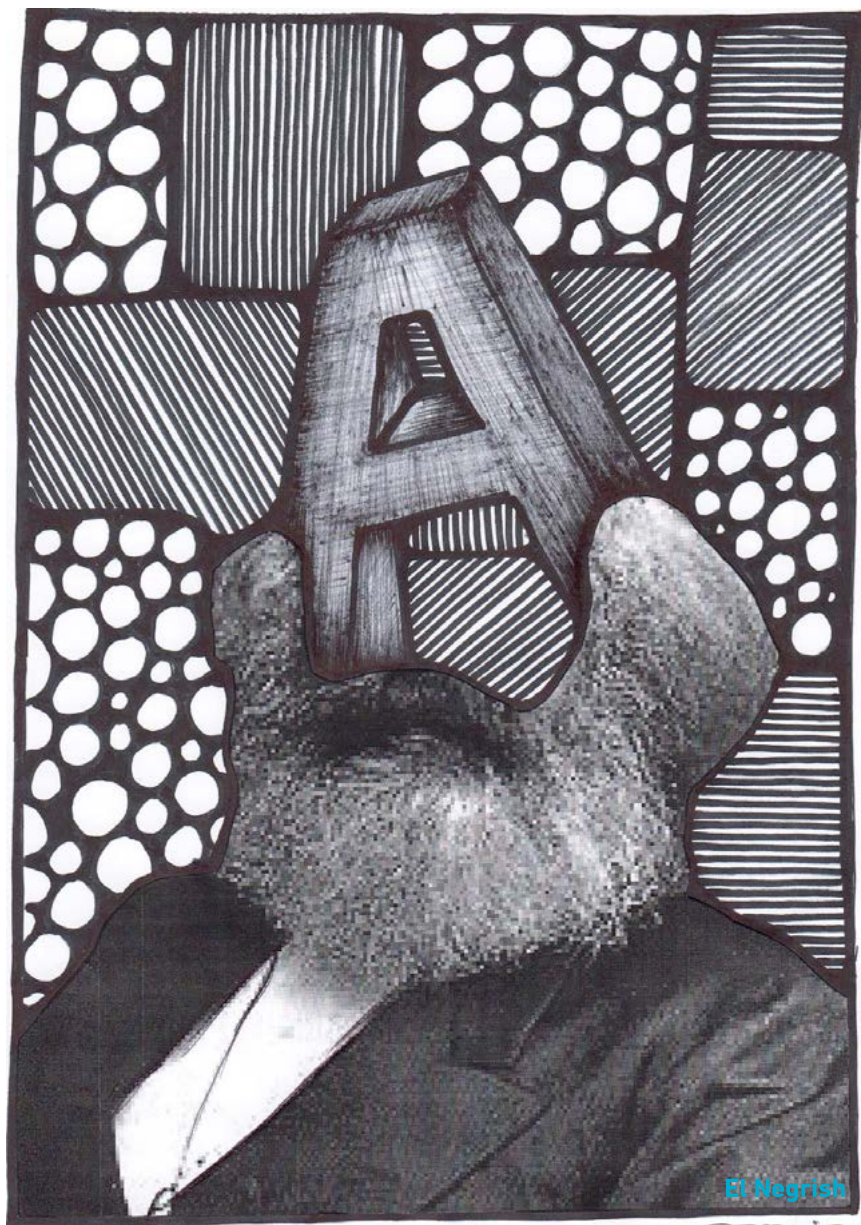
La histeria cuestiona los modos de abordaje de la ciencia médica hacia su propio cuerpo, inventando síntomas [...] Es así como proporciona al psicoanálisis su campo de acción, el deseo como imposibilidad y desvela el plus de goce

No hay relación sexual

Aristóteles construye alrededor del hombre una especie de locura del sentido para escapar del campo mítico, donde el poder no pertenecía sino a lo divino, éste sería un lugar donde se permitían excesos y se dibujaban los límites de la *hybris* (salidas de tueste de los hombres con respecto a las leyes divinas). Los excesos quedaban ahí del lado del hombre, y en las disputas divinas el amor no suponía ningún límite a la acción y al castigo.

Fue necesario jugar con formas definidas que no vacilaran de las identidades concretas ni de las razones ideales. Desde este presupuesto excluye a la mujer, a la que considera rebelde al sometimiento de las formas. La civilización, esta civilización centralizada en el logos, no deja otro lugar a la mujer que la conspiración y lo esotérico, donde se rompen los hilos del progreso o a la especulación racional.

La histeria cuestiona los modos de abordaje de la ciencia médica hacia su propio cuerpo, inventando síntomas que voltean los presupuestos científicos de la época, pero sobre todo desgarran el sujeto vacilante cartesiano dejándolo en la impotencia con respecto al deseo. Es así como proporciona al psicoanálisis su campo de acción, el deseo como imposibilidad y también desvela el plus de goce como propiedad del amo proponiéndose ella misma como tesoro inalcanzable para letras muertas.



A partir de este hallazgo el discurso analítico parte desde un lugar que intenta mantener el campo del deseo como lugar vacío, otorgando a la metonimia la acción que anteriormente poseía el ser. El sentido queda fuera del propio yo. No es el *pienso luego existo* cartesiano, sino que el lugar del deseo quedaría conformado como el *pienso donde no soy y soy donde no pienso*.

El desarrollo de un análisis, según Lacan, consistiría en la histerización del analizante para así instaurar el sujeto deseante como agente. El mecanismo que posibilitaría este paso de un discurso a otro no sería otro que el amor.

Ahora bien, si en el campo aristotélico lo que estaba en juego era atrapar la episteme mediante la razón, en el discurso analítico lo que se pone en juego es un saber que no sabe que sabe, algo ya del orden del inconsciente. A lo largo del seminario XVI "De un Otro al otro" Lacan investiga no solamente la conjunción entre el saber y el goce, sino también las posibles conjugaciones entre ambos. Apelando a Hegel descubre que el signo de la muerte como propio prestigio no basta para conformar el diálogo y la dependencia entre el amo y el esclavo, sino que la figura del amo se basa en no saber muy bien lo que quiere y es el esclavo el que se adelanta a lo que el amo desea y se lo proporciona, constituyendo así el ser del amo.

Desde la aparición en el "Menón" de Platón del primer diálogo entre el amo y el esclavo éste se establece mediante el saber. El amo lleva ahí al esclavo, mediante una especie de mayéutica, a inferir el cálculo de la mitad de una baldosa logrando llevarlo a captar la relación irracional de la hipotenusa con los catetos, empero este saber representa un arrebató a la calma del propio esclavo y el desplazamiento de su saber esencial hacia lo instrumental. De esto se infiere que su saber queda ninguneado formando parte del gesto del amo. No obstante, esta relación de dependencia del amo y el esclavo antiguos comportaba un vínculo familiar, donde el esclavo estaba incluido en un ambiente de confianza otorgado desde la pertenencia a la familia del amo.

¿Cómo consigue más tarde el amo arrebató el saber al esclavo?, histerizándose, poniéndose él mismo en la posición del esclavo. Marx descubre en el *Capital* cómo la división del trabajo logra por una parte generar un nuevo sujeto que no es consciente del producto final del que participa y, por otra parte, los movimientos que el obrero ejecuta al realizar su trabajo aparecen perfectamente calculables, posibilitando su transformación en mecánica pensante. La introducción de la máquina permite acelerar estos movimientos convirtiendo la velocidad en el nuevo paradigma de la disolución de la dialéctica contemporánea. Sin embargo, con este movimiento del nuevo amo él mismo hace patente su disolución y el descabezamiento de la jerarquía anterior. Cualquier hombre es esclavo del dinamismo y el vértigo de la nada de sentido.

En la actualidad las relaciones del sistema capitalista con el hombre habría que pensarlas desde la dromología y no desde la lógica. (Paul Virilio: velocidad y tiempo)⁶

Un nuevo síntoma aparece (un fantasma atraviesa el mundo), el hombre ha sido capaz de producir un sistema que lleva a la disolución del propio hombre. El hombre goza de su ignorancia y ella misma representa una pasión.

La docta ignorancia

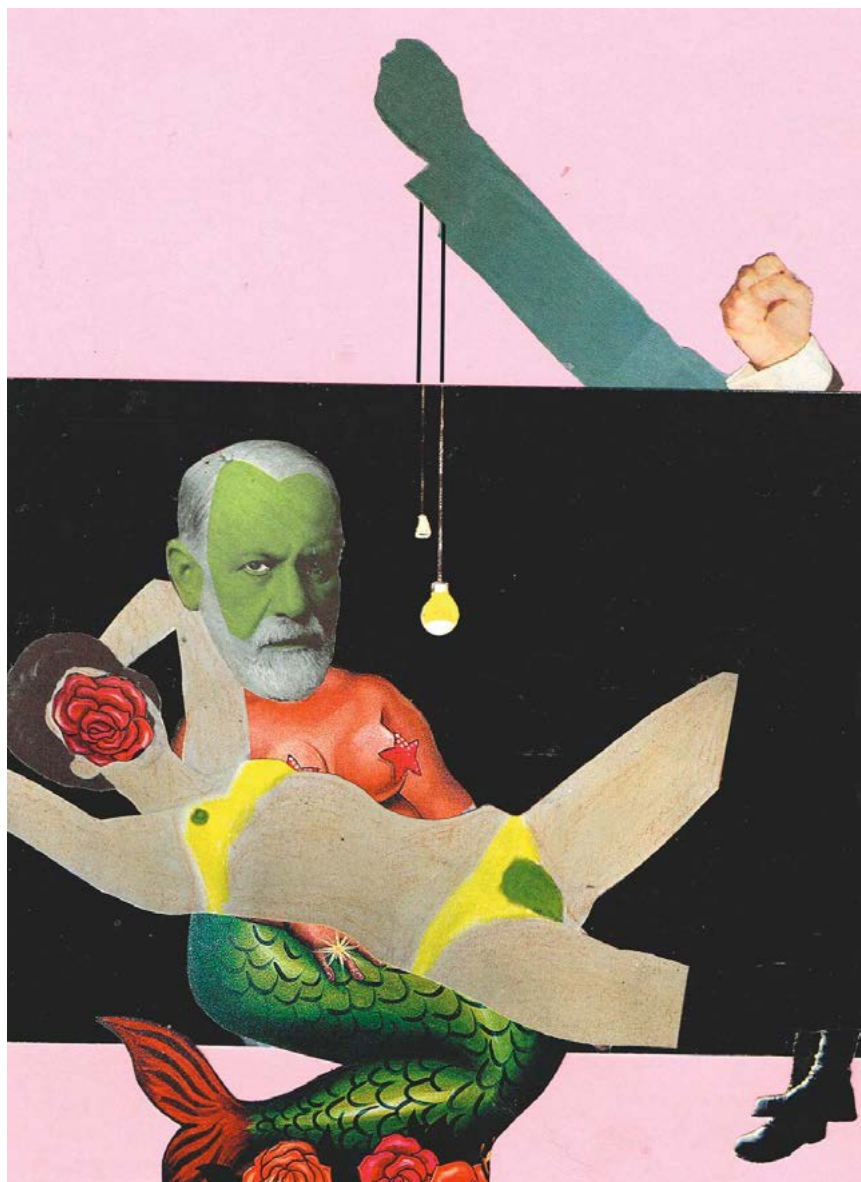
Ahora bien, esta pasión por la ignorancia también nos ubica en la posición que debemos tomar con respecto a la escucha. Ignorancia, no como una pasión, sino como el lugar para captar algo de lo que sucede en lo real. José Sli-mobich comenta en la introducción a los nuevos aportes al paradigma del leer:

*Este lugar se compone de la formación que dicho analista posee. Con los instrumentos de su propio análisis, de las supervisiones, de su preparación académica y de sus propias lecturas, construye el modo de abordar lo que el analizante plantea. Sin embargo, solo podrá acceder a lo real en juego, cuando se sitúe en la ignorancia, pues es la primera condición para que el leer en la palabra se le presente. Dicha formulación se constituye en la posibilidad de hacer surgir en el sujeto **lo insabido**. Lacan es reiterativo sobre este hacer desde la ignorancia. En el trabajo que realiza sobre Nicolás de Cusa sobre la docta ignorancia, ubica una de las entradas en la modernidad. No todo lo que el analizante habla puede ser pasado por el saber del analista. La exigencia freudiana de no acotar nuestra escucha en lo sabido. Podemos nombrar este conjunto de saberes del analista de la siguiente manera: el saber que ignora lo suficiente.*

Nicolás de Cusa produce a principios del siglo XV un texto llamado la docta ignorancia, rescatamos un pasaje de dicho texto:

*Es evidente, pues, que nosotros no sabemos acerca de lo verdadero, sino que lo que exactamente es en cuanto tal, es algo incomprensible y que se relaciona con la verdad como necesidad absoluta, y con nuestro entendimiento como posibilidad. La quiddidad de las cosas, por consiguiente, que es la verdad de los entes, es en su puridad inalcanzable, y ha sido investigada por todos los filósofos, pero no ha sido hallada, en cuanto tal, por ninguno. **Y cuanto más profundamente doctos seamos en esta ignorancia, tanto más nos acercaremos a la misma verdad.***

El máximo, mayor que el cual nada puede haber, siendo mayor simple y absolutamente que lo que puede ser comprendido por nosotros, no es posible alcanzarlo de otra manera que incomprensiblemente. Pues no perteneciendo su naturaleza a la de aquellas cosas que admiten algo que excede y algo que es excedido, está por encima de todo aquello que puede ser concebido por nosotros. Pues todas las cosas que son aprehendidas por el sentido, por la razón o por el



Mariano de Hossorno

entendimiento difieren mutuamente entre sí de tal manera que no hay entre ellas ninguna igualdad exacta.

Ahora bien, ¿De dónde viene esta tradición?, de las revisiones del neoplatonismo de los textos de Platón, a la vuelta de Siracusa con el fracaso político de fundar una república sobre la teoría de las ideas, Platón escribe “El Par-

ménides”, tildado como uno de los textos más oscuros de Platón, ¿oscuros para qué?, para la tradición de la ciencia y para las lenguas europeas posteriores que no pueden acoger la multiplicidad de sentidos que porta la lengua griega antigua. El Parménides es un diálogo que despliega las relaciones entre lo Uno y lo múltiple. Platón separa radicalmente el conocimiento de las cosas del de las ideas. Uno de los fragmentos donde se despliega esto concluye:

PARMÉNIDES.

Es que, mi querido Sócrates, hemos convenido en que las ideas no tienen relaciones con las cosas que nos rodean, ni estas cosas con las ideas; sino que sólo las tienen las ideas con las ideas y las cosas con las cosas.

SÓCRATES.

Estamos conformes.

PARMÉNIDES.

Por consiguiente; si Dios tiene el dominio y la ciencia perfectos, ni su poder nos dominará nunca, ni su ciencia nos conocerá jamás, ni a nosotros, ni a las cosas que nos rodean; pero, así como nuestra posición no nos da ningún poder sobre los dioses, y nuestra ciencia ningún conocimiento de lo que les concierne, por la misma razón los dioses no son nuestros dueños, ni conocen las cosas humanas, por más que sean dioses.

Como se ve claramente hay algo de lo infundado, de la ausencia de fundamento, que queda en el baúl. En el mundo heleno antiguo no existía esa idea del concepto de lo fundado, del suelo, sino que el despliegue sobre lo posible de ser conocido se desarrollaba en un sentido negativo, la paradoja se mantenía. Como muestra también este fragmento del Parménides:

Si lo uno existe, no es múltiple: no tiene partes. —No tiene por lo tanto principio, ni fin; es ilimitado. — No teniendo límites, no tiene forma. —No teniendo forma no está en ninguna parte; porque si estuviese en alguna parte, estaría en sí mismo o en otra cosa; si estuviera en otra cosa estaría rodeado; si estuviera en sí mismo, se rodearía a sí mismo, y en ambos casos, tendría forma. — No estando en ninguna parte, no está en movimiento, ni en reposo.

Con lo cual el proceso que plasmaron los místicos germanos para abordar eso que no se puede diferenciar, lo indiferenciado, es también algo parecido a un proto-fundamento. Eso que en la introducción a los nuevos aportes del paradigma del leer aparece como Ungrund o Urgrund, algo de lo que uno no puede apropiarse con el concepto. Schelling afirma:

Tiene que haber un ser anterior a todo fundamento y a todo existente, esto es,

anterior absolutamente a toda dualidad. ¿Cómo podremos llamarlo sino fundamento originario o mejor aún, in-fundamento? Puesto que precede a todas las oposiciones, éstas no pueden existir en él de modo distinguible ni de ningún otro modo. Por tanto, no puede ser calificado como identidad, sino sólo como absoluta indiferencia de ambos principios⁷.

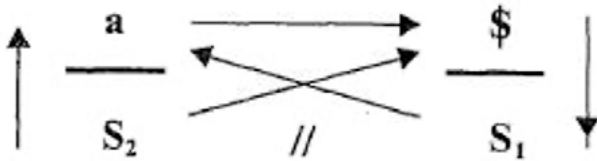
Este pasaje de Schelling alumbró muy bien la doble inscripción de la que hablábamos al principio de este artículo. La imposibilidad humana de atrapar ese *Ungrund* nos pone en un lugar difícil. Si el texto de Schelling se ciñe al campo de la libertad humana a la hora de abordar el conocimiento, tendremos que preguntarnos sobre la libertad que le queda al analista, también atrapado en las pasiones que ocultan el conocimiento de la substancia que está tratando, a saber, el goce, lo real, el objeto de la pulsión.

José León Slimobich propone la “desapropiación”, el “nunca lo tendrán”. ¿De qué manera podemos llevar esto a la praxis?

Fragmento de un posible poema. La realidad va y viene

“Hay una lectura en la palabra, si hay lector para ello, y texto y lector aparecen en el mismo instante”, y también esta lectura se realiza en el seno de un discurso.

El discurso analítico, cuya fórmula nos facilita Lacan:



Parte del a, que es el objeto de la pulsión.

En un fragmento de sesión, un paciente comenta que él alguna vez escribe, cuando se le pregunta ¿qué escribe? Comenta: una vez escribí en un papel: *La realidad va y viene*, y agrega: se lo comenté al psicólogo que más me entendía y me dijo: *tiene que llover*.

Mi cara de sorpresa fue mayúscula.

Los psicoanalistas siempre andamos a la gresca con los psicólogos, esa competencia, pero en ese momento la sorpresa me hizo dejar pasar esa lectura genial o no, pero que no estaba en la serie del sentido. Me pareció que

yo no tenía mucho que añadir al respecto, sino simplemente dejarlo ahí y respetar esa transferencia evidente, sin incluir un obstáculo narcisista de competencia. Por otra parte, la transferencia siempre es al sujeto supuesto al saber, pero la verdad siempre coincide con una caída del saber, no con un plus.

Le pregunté qué hizo con ese escrito, y me dijo, lo rompí y lo tiré al wáter, agregando, siempre que escribo siento que transgredo.

Él está diagnosticado de psicosis y más tarde de esquizofrenia, con cierto brotes paranoicos, ha pasado por un montón de psiquiatras y psicólogos, con informes renuentes a cualquier tipo de cura. Esto le fatiga y le llena de culpa.

Ahora bien, no solamente a mí se me jugaba la escucha, sino el interés por el texto y mi fascinación por la escritura.

Cuando trabajé este fragmento en supervisión, con la consiguiente pregnancy al mismo. Se me devolvió no te olvides que lo tiró al wáter. Marcando el lugar en el que quedó la maravilla, el lugar del escíballo.

Emilio Gómez Barroso

Notas al texto "Nuevos aportes a la teoría del leer"

1 "No hay relación sexual" Bárbara Cassim y Alain Badiou. Prólogo

2 Léase revista Krisis: Robert Kurz

3 Jacques Lacan: Seminario XVIII. Cap. 3 ¿Que será esa lógica subdesarrollada? Les pido perdón por esto: antes había marcado bien que aquello que vehiculiza la extensión del capitalismo, es el subdesarrollo. En fin voy a decírselos ahora porque alguien que encontré a la salida y a quien hice una confidencia: hubiere querido ilustrar la cosa diciendo que W. Nixon, es en suma Houphout-Boigny en persona... -Usted tendría que haberlo dicho - me respondió. Y bien se los digo. La única diferencia entre los dos es que W. Nixon fue psicoanalizado de alguna manera, se dice. Y bien, ustedes ven el resultado. Cuando alguien fue psicoanalizado de una manera y esto siempre es verdad, en todos los casos, en un cierto campo, en una cierta escuela, por gente que se puede nombrar y bien: es incurable. No obstante, es necesario decir las cosas como son. Es incurable e incluso va más lejos. Por ejemplo, es manifiesto que alguien que ha sido psicoanalizado en algún lado en un cierto lugar, por ciertas personas y no por cualquiera, y bien ese alguien no puede comprender lo que yo digo. Eso se vio y hay pruebas. Todos los días salen libros que lo prueban. Que yo esté solo, no obstante, eso plantea cuestiones relativas a las posibilidades de la performance, es decir, de funcionar en un cierto discurso.

4 Jacques Lacan: Seminario XVIII. Clase 2: ...si Aristóteles no fuera el maravilloso lógico que es, el que dio el más importante paso, el paso decisivo gracias a lo cual tenemos una marca acerca de lo que una serie articulada de significantes, se podría decir que en su forma de señalar lo que es la ousía, dicho de otra manera, lo real se comporta como un místico, porque lo propio de la ousía, lo dice él mismo, es que no puede de ninguna manera ser atribuida, no es decible. Y precisamente lo místico es aquello que no es decible. Me parece que no abunda en esto, pero deja el lugar a los místicos.

5 Seminario XVII. Clase 3. Mientras haya una lengua en la cual se lee "Wei"] se diga Wei, pero eso a la vez funciona en la fórmula Wu Wei que quiere decir no obrar, por consiguiente, eso quiere decir obrar, pero por un poquito ustedes ven Wei empleado como como, eso quiere decir cómo, es decir, que sirve de conjunción para hacer metáfora. O más aún eso quiere decir: en tanto que eso se refiere a tal cosa -allí se está más aún en la metáfora-, es decir justamente que esto no es una metáfora, ya que es muy forzado referirse a eso, en fin una cosa se refiere a otra. La amplitud mayor, la flexibilidad mayor se da en el uso eventual de este término Wei que, sin embargo, quiere decir obrar. ¡Una lengua así es maravillosa! Una lengua donde los verbos -en fin, los verbos, los más verbos: obrar hay algún verbo más verbo, hay algún verbo más activo- se transforman en menudas conjunciones. Es corriente. Eso me ayudó mucho, no obstante, a generalizar la función significante, incluso si eso disgustaba a algunos lingüistas que no saben el chino.

6 Paul Virilio: "Velocidad y tiempo"

7 F.W.J. Schelling: Investigaciones filosóficas sobre la esencia de la libertad humana y los objetos con ella relacionados, edición bilingüe. Editorial Anthropos, Barcelona, 1989, págs. 161-163.



REVISTA PSICOANÁLISIS

eap
escuela abierta
de psicoanálisis ■